

GUSTAVO CORREA, *El Espíritu del Mal en Guatemala: Ensayo de Semántica cultural*. (Separata de la Publicación 19 del Middle American Research Institute). Nueva Orleans, Tulane University, 1955. 103 págs.

Esta monografía de un joven estudioso colombiano residente actualmente en Norteamérica cae dentro del campo de diversas disciplinas (historia de la cultura, etnografía y folklore, lingüística, historia literaria, etc.), como lo indican su título y su subtítulo. El autor se propone investigar las relaciones existentes en Guatemala entre el mundo cultural español y el indígena en lo tocante al concepto de 'Espíritu del Mal'. Su intento principal es iluminar, dentro de este campo semántico, los fenómenos de desplazamiento de significación operados en lenguaje, folklore y literatura por obra de la colisión de las dos culturas y de la introducción e implantación de un concepto del pueblo conquistador. A tal tipo de investigación lo llama el autor 'semántica cultural'. El tema es tratado no sólo históricamente, apoyándose Correa en las fuentes y la bibliografía pertinentes y consagradas (los cronistas de la Conquista, el *Popol Vuh*, los *Anales de los Cacchiqueles*, Thompson, Morley, Brinton, etc.), sino también desde el punto de vista del estado actual, a base de los materiales recogidos directamente por el autor en Guatemala, particularmente para lo relacionado con el folklore. No necesita destacarse lo apropiado de este país, teatro de la antigua civilización maya y heredero y conservador de sus reliquias culturales, para servir de terreno de estudio a una monografía como la presente.

El concepto que es introducido e implantado por el pueblo dominante es, pues, el de diablo o personificación del Mal. En la Introducción a su trabajo Correa subraya la "densidad cultural" de ese *diabolus* que traían consigo los españoles al llegar al Nuevo Mundo en el siglo xvi, haciendo algunas consideraciones de carácter general acerca de la historia de este concepto. Ahora bien, no sólo la idea del diablo jugaba un papel muy importante en el clima espiritual europeo de la época de la Conquista (por diversos fenómenos históricos: propagación de la brujería, Reforma, etc.), sino que esta importancia vino a ser aumentada en América. En efecto, al Satanás tradicional y europeo se unió otro proporcionado por las tierras americanas descubiertas, pues los españoles identificaron automáticamente las expresiones religiosas de los 'naturales' con su concepto de Lucifer. Es esta equiparación de la religión maya al reino luzbeliano, operada por el celo evangelizador de los religiosos peninsulares, la que con razón pone de relieve y documenta el autor en el capítulo *El diablo en la conquista de América*. (Sabido es que a esta actitud de los evangelizadores debe la americanística una de sus pérdidas más lamentables: la solemne destrucción de códices originales mayas ordenada por el famoso Obispo Diego de Landa, aunque antes de la entrega al fuego haya hecho tomar nota del contenido de

los manuscritos). En el capítulo siguiente se tratan, por una parte, el nuevo paso de la cultura dominante, o sea la apropiación de términos indígenas para sus fines catequizadores, y, por otra parte, ciertos cambios sufridos por elementos del mundo representativo maya al chocar contra la idea católica del demonio. En relación con lo primero es interesante para la lingüística la anécdota aquí recordada de la discusión entre franciscanos y dominicos acerca de la manera como se debería llamar a Dios en los catecismos escritos para los nativos: el ilustre franciscano fray Pedro de Betanzos conservó la palabra española, lo cual fue impugnado por la orden rival, que quería emplear la voz autóctona *Cabobil*, nombre genérico de la divinidad suprema de varias tribus mayas. (Este problema de la denominación de algo propio para el uso de la cultura extraña tiene su contracara en el otro problema, que se presentó a los españoles al mismo tiempo, de la denominación de objetos de la cultura extraña para el propio uso). El autor anota el hecho curioso de que el término indígena que sirvió para encarnar el concepto de diablo católico no fue el que quizá hubiera sido de esperar, o sea *Ah Puch*, nombre genérico de la divinidad del Mal, sino *Kisin*, denominación del dios de los temblores y los terremotos. Que aquí el hecho no se reduce a una mera adopción léxica por parte de los peninsulares, sino que se verificó un verdadero desplazamiento semántico, nos lo demuestra la significación actual de diablo, en el sentido católico, que tiene hoy la palabra *Kisin* en Honduras Británica. También en la evolución semántica del ya aludido término *Cabobil*, que de nombre general de los dioses indígenas pasó a significar 'ídolo', habrá que reconocer una influencia de la catequesis española, que equiparó tal palabra a la idea del demonio. Pero tampoco faltan los casos en que la influencia es sufrida por la cultura dominante: así sucedió con el concepto de *nagual*; esta voz denominaba ciertas prácticas totémicas de los mayas, y por testimonios literarios vemos que los españoles habían terminado por creer en la existencia de tales fenómenos mágicos. Hasta aquí la parte de la monografía de base preponderantemente lingüístico-histórica, en la cual, a pesar de lo problemático de toda la cuestión, el carácter de los materiales con que trabaja el autor le ofrece un punto de apoyo de cierta solidez; el resto del estudio se alimenta con materiales folklóricos, de tradición preponderantemente oral, de modo que las aserciones se coloran naturalmente de conjetura. Correa dedica un capítulo a analizar algunas leyendas guatemaltecas — unas de origen maya, otras de origen español — que giran alrededor de la idea del Mal, tratando de aclarar en ellas las relaciones mutuas de las dos culturas y la influencia del demonio católico sobre las representaciones de los aborígenes. Así por ejemplo, en la extendida leyenda del 'Dueño de los Cerros' nos muestra cómo una creencia mitológica de los antiguos mayas referente a divinidades menores que habitaban los cerros, de carácter originariamente benévolo, se va contaminando poco a poco con la idea de diablo hasta llegar a incluir el típico elemento europeo de 'pacto' con éste. En

el rasgo común a varias de estas leyendas de describir como 'ladinos' a sus protagonistas (por ejemplo la Siguanaba de cabellos rubios y ojos azules), ve Correa una expresión de la estructura étnico-social de Guatemala. Este mismo análisis lo aplica a ciertas formas de la magia, manifestando la opinión de que la brujería europea, tan en boga en la época de la Conquista, contribuyó a dar carácter 'malévolo' a prácticas que, como el 'nagualismo', no lo tenían originariamente entre los mayas. El último capítulo de este estudio está consagrado a glosar la figura del diablo que aparece en las crónicas sobre la antigua vida conventual, en el género dramático popular llamado en Guatemala *loa* y en el tipo de danza denominado 'baile de los diablos'. En resumen, el presente trabajo constituye un laudable aporte al conocimiento de las culturas americanas, si bien dentro de un campo que, por lo complejo y movedizo, exige la mayor prudencia.

CARLOS PATIÑO ROSSELLI.

Instituto Caro y Cuervo.